

La elocuencia ha debido ser muy anterior á todas las reglas. Antes que los hombres hayan podido fijar esas ha existido la inspiración; y la inspiración basta para producir un discurso elocuente; aunque no llegue al grado de refinamiento á que después ha debido subir el arte. Este arte no ha sido inventado por el hombre; éste está fundado sobre una base muy óbvia. La lógica alcanza á dar claridad á las ideas y á llevar al último punto una demostración; mas con la lógica sola el orador será metódico y exacto; pero no vehemente y no podrá mover á los ánimos. El arte de la elocuencia no es otra cosa que el arte de dar á la lógica el carácter de la pasión y de la imaginación.

LECCION IX.

De otro lado el arte de la elocuencia no es otra cosa que el arte de dar á la lógica el carácter de la pasión y de la imaginación. El arte de la elocuencia no es otra cosa que el arte de dar á la lógica el carácter de la pasión y de la imaginación.

Reflexiones filosóficas y de aplicación sobre los principios establecidos.

PRECISO nos ha sido en las anteriores lecciones ceñirnos á las definiciones y reglas que hemos hallado establecidas en los tratados de elocuencia. El que escriba sobre la historia, se verá en la necesidad de repetir hechos y épocas que otros hayan detallado: el que se ocupe de la geometría, tendrá que acomodarse á las verdades antes demostradas, y á los principios que pasan por axiomas; y el que contraiga sus trabajos á la ciencia de los números, habrá de admitir las bases sancionadas como fundamento de todo cálculo. Pero aparte de estos elementos precisos y rigurosos, está la esfera de las deducciones y del exámen filosófico; y en este vamos á entrar, porque todas las teorías se fundan en la observación, y no basta conocerlas cuando no se conoce su secreto.

orden y no el orden de las palabras. Lo que nace el discurso, lo que le da robustez y energía son las ideas; y cuando hemos hecho un gran arsenal de estas por medio del estudio y de la meditación, podemos estar seguros de que las frases nacerán espontáneamente, porque son el fruto y la sombra que sigue siempre al pensamiento. Cuando se va á hacer de expresiones se tiene de vista el vigor de los conceptos, y no hay nada que desentone ó debilite tanto un discurso oratorio. Concluimos con una advertencia de la mayor importancia. El decoro y la circunspección han de presidir al debate, y el orador debe proceder con gran cuidado, no confundir nunca la línea de la discusión con la del aguijón. El que sustituye las milpas pasiones á la gloria y á santa inspiración; el que en vez de atacar ó defenderse con nobles y decentes golpes de daga y de lanza, prosigue insultos, propositos de ofensas y alburas su propia dignidad. No se olvide nunca la regla de ser fuerte en los argumentos, templado y comedido en el modo de proponerlos. El lenguaje puede ser medido y circunscrito, sin que por eso deje de ser enérgico. Sustituir á las razones la ofensa, á los argumentos los desatenciones, á la discusión la intemperancia, y á las pruebas los hechos, es hacer una sacrilega profanación de lo que hay más respetable y sagrado en la tierra: el pensamiento del hombre y la facultad natural de su entendimiento. Por faltarse á esta regla, muchas veces se ven argumentos se ven convertidos en el campo de la guerra. Agrandarse y la razón se abate, y la razón empujándose y la razón se replaza á sus solitarios asilos, porque es como la flor que solo se deja ver en los días apacibles y serenos, y que se cierra y esconde al soplo de las tempestades.

La elocuencia ha debido ser muy anterior á todas las reglas. Antes que los hombres hayan podido fijar estas, ha existido la inspiracion; y la inspiracion basta para producir un discurso elocuente, aunque no llegue al grado de refinamiento, á que despues ha abierto camino el arte.

Este está fundado sobre una base muy óbvia. La lógica alcanza á dar claridad á las ideas, y á llevar al último punto una demostracion: mas con la lógica sola, el orador será metódico y exacto, pero no vehemente: convencerá, y no podrá mover.

De otro lado, la sensibilidad bastará por sí para producir un discurso vehemente y sentido, que arrebate á cuantos le escuchen; pero si le falta lógica, esta parte de método, de trabazon y enlace que le da la inteligencia, será inconexo, desordenado y sin plan, y en el efecto se hará siempre sentir este vacío. La lógica y la sensibilidad, la inteligencia y la pasion, he aquí lo que forma el arte en todo su conjunto. Por eso sin duda ha dicho un eseritor contemporáneo: "No es orador ni el que dispone, arregla y clasifica bien las ideas, ni el que las produce con armonía y con las gracias de la locucion, halagando al oido y á la imaginacion á la vez; sino el que posee estos dos talentos, y los sabe reunir y ejercitar."

La elocuencia puede ser buena ó mala, una virtud ó un vicio, un ángel ó un demonio, segun el objeto que se propone y los medios que emplea. No parece sino que haya un fondo de amarga verdad en la opinion de aquellos filósofos, que creían haberse repartido el dominio del mundo, dos principios opuestos, como eran, el del bien y el del mal. A la elocuencia severa de Solon, opone la naturaleza la artera y astuta de Pisistrato; y á las

arengas inmortales de Demóstenes, presenta por contraste, las sofisticas y amañadas de Esquines. Cuando la elocuencia sirve de instrumento á malas pasiones y á bastardos intereses; cuando en vez de afanarse por hacer triunfar á la inocencia, se agita y revuelve por cubrir al crimen con el manto de la impunidad; cuando en vez de servir á la causa de los buenos principios, presta su apoyo á las pretensiones del fraude y de la injusticia, entonces es un genio maléfico, que no se revela al mundo, sino para servirle de azote y de funesta plaga. Ya dijimos en otro lugar, que el orador no debia defender nunca una mala causa; pero en el estado actual de las sociedades, en que la astucia, el poder y el valimiento prevalecen tan frecuentemente sobre la razon; en que el mundo se ha convertido en un gran mercado, donde todo se compra y se vende por conciencias corrompidas; en que se defienden todos los abusos, y se oye muchas veces con desden ó con enojo la palabra abandonada de los oradores independientes; en este estado, digo, es un problema bien difícil de resolver, si el talento de la palabra es un bien ó un mal para el género humano. No está, sin embargo, el daño en la elocuencia, porque el abuso no es el principio: está en los hombres, que han prostituido hasta lo mas sagrado; que han reemplazado á las convicciones, el cálculo; y que cubierto el corazon de una triple malla, dan solo entrada y valor á lo que halaga y favorece sus designios, rechazando todos los instintos nobles y todas las pasiones elevadas.

Pero he aquí una doble causa y un doble motivo para darse con mayor afan al estudio de la oratoria. A proporcion que crece el mal, se necesitan mayores remedios. Es menester oponer la razon al sofisma, la justicia á la iniquidad, y la verdadera elocuencia á la pala-

brería. Es necesario reverdecer laureles marchitos, y elevar el trono de la razon, ante el cual caigan en pedazos las armas que la combaten.

El orador, antes de empezar á hablar, debe reducir en su mente á una fórmula clara y determinada, tres cosas muy diversas: á saber; qué es lo que va á decir; dónde ó en qué parte del discurso lo debe decir, y cómo lo ha de decir. Cuando se trate de una improvisacion, la operacion intelectual sobre estos tres puntos, debe ser instantánea; mas si se trata de un discurso preparado, el procedimiento puede ser mas lento, y da lugar á las combinaciones que cada cual hace en el retiro de su gabinete.

La primera pregunta que el orador se hace á sí mismo, hemos indicado que se dirige á determinar qué es lo que va á decir. En el vasto campo de las ideas, hay que hacer eleccion de aquellas que mejor pueden servir á nuestro propósito; mas para elegir con facilidad y con éxito, menester es que se ofrezca á nuestra vista una cosecha pingüe, que pueda servir, hasta con lujo, á todas nuestras combinaciones. Esta cosecha es la ciencia; pero la ciencia no se adquiere, como hemos dicho, sino con el estudio, y con un trabajo anticipado, tan asiduo como penoso. Se padece, con frecuencia, un grande error en esta parte. Se cree que hay talentos que producen espontáneamente, y con los cuales la naturaleza se ha mostrado tan pródiga, que les basta aparecer para brillar. Si se pudiera seguir con vista fija la vida interior de esas notabilidades que fascinan, entonces se hallaria el secreto de su superioridad pasmosa. Estudios prolongados, meditaciones profundas, fatigosas vigiliass; la vida, en una palabra, del pensamiento, sostenida con una perseverancia inquebrantable, son los caminos por don-

de esos genios han logrado elevarse á tan desmedida altura. Yo quiero que se muestre el hombre privilegiado, cuyo entendimiento se haya enriquecido sin estudio y sin trabajo, ó que se me señale el orador, que sin grandes y extensos conocimientos, habla con ventaja, persuade y domina por medio de la palabra: no, estos milagros no se ven en el mundo. El talento mas feliz es una mina, que si no se beneficia, permanece oscurecida é ignorada en las entrañas de la tierra. Ni se suponga tampoco que bastan el trabajo de los primeros años, ó la lectura mas ó menos detenida de la edad adulta, especialmente si se posee una buena memoria. La lectura, sin la meditacion, aprovecha muy poco, y la memoria es un reloj que se para, si no se le da cuerda. Consistiendo en movimientos y en hábitos, se desvanece tan pronto como aquellos se pierden; y cuando, despues de algun tiempo, la interrogamos sobre lo que antes le era muy familiar, permanece muda, sin que puedan sus inspiraciones venir en nuestro auxilio. Gorgias ha dicho, para combatir esta funesta confianza que esteriliza tantos talentos: "La memoria es un doméstico, á quien se necesita recordar continuamente sus deberes para que no los olvide."

Si, segun hemos dicho y repetido, se necesita ante todo, tener caudal de conocimientos para ser orador, y si estos no se adquieren sino con el estudio y el mas improbo trabajo, forzoso es que el que quiera sobresalir en la palabra, se entregue sin descanso á aquella ocupacion preparatoria. De otra operacion debe acompañarse el estudio, si ha de ser provechoso, por mas que parezca á primera vista enojosa. Es sumamente ventajoso formar extractos de cuanto se lee, porque esto nos proporciona un grande ahorro de tiempo, para cuando se quie-

re repetir la misma lectura; y porque en estas notas se contraen las ideas á un cuadro mas reducido, descartadas las amplificaciones y rodeos, en que no puede menos de incurrirse al escribir un libro. En éstos se encuentran frecuentemente grandes lagunas, que distraen y dividen la atencion, y que impiden que el sistema de doctrina se pueda registrar de una sola ojeada. Todas estas lagunas, todas estas amplificaciones, desaparecen en el trabajo que aconsejamos; y con su auxilio puede recorrerse en poco tiempo, una serie inmensa de ideas, fruto, recogido en mucho tiempo, de nuestra asídua laboriosidad. Y no se tema que esta sea una operacion muy entretenida y lenta. Por desgracia, son muy pocas las verdades absolutas descubiertas hasta ahora en las ciencias, y si hubiéramos de atenernos á esta observacion, poco papel bastaria para consignarlas todas. Ni siquiera sabemos lo que son en sí mismos los objetos que continuamente hieren nuestros sentidos, ni cuál sea su atributo primario, porque solo comprendemos lo que son respecto á nosotros, siéndonos su esencia enteramente ignorada.

Decidido por el orador qué es lo que va á hacer entrar en su discurso, la dificultad que le ocurre inmediatamente es, dónde lo ha de decir.

Lo primero que debe hacer, es elegir y separar las ideas que deben formar el exordio, la proposicion, la narracion y la division, cuando haya de haberlas; procurando que por su sencillez y claridad, correspondan al fin, que no es otro, que el de preparar el conocimiento de la cuestion, y presentar esta de la manera mas lacónica y perceptible.

En seguida, debe hacer igual eleccion y separacion respecto á las ideas que deben formar el cuerpo del dis-

curso, que es la parte de prueba, cuidando mucho de que aquellas sean perentorias é indeclinables, y que en sí mismas tengan una fuerza que no se pueda destruir. Este trabajo es ya mucho mas detenido. Todas las ideas tienen su enlace, y puntos de contacto, que las ligan ó aproximan, y es muy de atender esta genealogía, para no alterarla en el plan que se dé á nuestra alocucion. Este método lleva de suyo á la naturalidad de las transiciones, y no es esta la parte mas fácil de desempeñar con éxito, cuando no se ha guardado en la colocacion el orden mas riguroso. Es muy diferente la impresion que causan las pruebas, y la fuerza que arrojan en el caso de estar diestramente presentadas, sosteniéndose entre sí, y ofreciendo un todo ligado y homogéneo, de la impresion y la fuerza que producen, si les falta este método y recíproco enlace. Este sistema de cálculo y combinacion, se sigue aun en el uso de la fuerza física. Ningun general presenta en las batallas sus tropas en desórden, sino que las arregla y dispone del modo que puedan oponer mas vigorosa resistencia. Tampoco las divide ni separa para que queden aisladas en sus esfuerzos, sino que las une y estrecha, á fin de que se sostengan y ayuden mútuamente. No mira con indiferencia esta colocacion: pone en ello mucho cuidado, y sitúa cada uno de sus batallones, donde puede hacer mas vigoroso empuje, y obtener resultados mas felices.

Arregladas las pruebas, queda solo por combinar la peroracion y conclusion del discurso. Este debe ser el foco donde se reunan todos los rayos esparcidos en él. Convencida ya la razon del auditorio, aquí se trata exclusivamente de mover su corazon por medio de imágenes vehementes, y de arranques de pasion y de fuego. Elíjanse á este fin las ideas que mas puedan excitar y

conmover, para que los golpes al corazón vengan á concluir la obra que empezó la razón serena y tranquila. Un escritor muy moderno nos ha dicho, "que la elocuencia es la facultad de obrar sobre la inteligencia y las almas, por medio de la palabra." A la inteligencia se han dirigido las demás partes del discurso: emplead, pues, la peroración en conmover el alma, en enviarle vuestro sentimiento con todo su calor, con toda su vehemencia; y no dudeis que la sensación viva y profunda que le hareis experimentar, durará y se prolongará en un santo recogimiento.

Pero queda todavía por resolver la última cuestión. Encontradas las ideas; dispuestas en el lugar que les corresponde; colocadas en el enlace y trabazón que reclaman; ¿cómo se deberán exponer? Esta es la cuestión de ornato oratorio, de las gracias y bellezas que deben resaltar en el discurso.

Hay en esta parte una regla muy sencilla. Fijese la atención en el objeto á que se dirige cada parte de la arenga, y no podrán equivocarse los medios de la locución.

Antes dijimos que el fin del exordio era captarnos la benevolencia, la atención y la docilidad del auditorio. Para esto, el lenguaje debe ser claro é insinuante. Nada de frases ingeniosas, nada de movimientos, nada, en una palabra, que pueda ofender la claridad, suavidad y ligereza de la dicción. Los adornos que admiten las introducciones, son simples metáforas, alguna comparación ú otra figura que tenga ligereza y gracia, sin oscurecer ni complicar. Húyase toda digresión en este periodo. Las digresiones extravían la atención de los oyentes, y el orador debe fijarla sobre el punto principal á que se dirige.

Viene luego la narración, y como en ella el fin es so-

lo dar idea del asunto, el orador debe procurar ser sumamente claro y conciso, para que se grave bien en la memoria de los que le escuchan, porque á este punto han de referir después todo lo que se les diga. Aquí tampoco tienen entrada sino los tropos, y alguna otra figura muy ligera, que aumente la claridad y sirva á los recuerdos.

La proposición; y la división, que á lo más deberá tener tres miembros, deben formularse en los términos más sencillos, porque su fin no es otro que enunciar un concepto. Su índole no admite tropos ni figuras.

Más estas partes oratorias no son más que corrientes, que van á desembocar en el lago de las pruebas. Aquí ya toma el discurso otro carácter, otra importancia, otra magestad y otro tono. El fin es convencer. Las interrogaciones, que dan una fuerza muy apremiante a los raciocinios; las exclamaciones, que completan aquel efecto; la amplificación, que recorre circunstancias para herir y para grabar más profundamente; la ante-ocupación, que es á veces un ardid de gran resultado; las pretericiones y reticencias; todas estas figuras y las demás que no toquen á la pasión, porque el raciocinio no debe ocupar nunca el lugar de los afectos, tienen su colocación natural en este periodo del discurso. Los tropos le embellecerán al mismo tiempo, porque estos derraman gracia, sin quitar vigor á las formas.

Las mismas reglas deben seguirse respecto á la refutación, que no es más que el complemento de las pruebas. Queda, pues, solo por tratar, la peroración ó parte patética.

¿Qué figuras se usarán en ella? Su fin, hemos dicho que es hablar al corazón, interesarle y conmoverle, inspirarle la pasión que al orador inflama, y para ello debe

echarse mano de todos los giros vehementes, de todos los arranques de calor, de todos los vuelos atrevidos, que elevando las ideas, les imprimen un sello de solemnidad, para que causen una emoción profunda. Este es el punto en que el orador debe aprovechar todas las reglas que se han establecido, y poner en contribucion todos sus medios, á fin de que su elocuencia sea esforzada y rica de imágenes. Como todo lo que agrada, predispone favorablemente y abre los caminos á la conmocion, convendrá sembrar la peroracion de tropos y figuras de palabra, que barnicen esta parte del discurso con un colorido de interés y de belleza. Esto será halagar al alma, para dirigir tiros certeros al corazon. Con este último objeto se pondrán en juego las figuras mas animadas y valientes: la interrogacion por su viveza; la concesion por su osadía; la amplificacion por su fuerza siempre poderosa y siempre creciente; las pretericiones y retenciones por la eficacia y virtud de su mismo silencio; las exclamaciones patéticas; las obtaciones y las deprecaciones, cuando la materia las permita; y sobre todo, los apóstrofes y prosopopeyas, si la discusion, por su solemnidad, las reclama naturalmente. Debe advertirse, sin embargo, que en el uso de estas dos últimas figuras, debe el orador ser muy circunspecto. Ellas exceden los límites de la naturaleza; envuelven muchas veces una ficcion violenta, que solo los arrebatos de la pasion pueden sancionar; y por lo tanto, son muy pocas las ocasiones en que puedan tener cabida, sin faltar á todas las reglas de probabilidad y buen criterio.

En esta coyuntura del discurso, es donde el orador se debe mostrar sublime é inspirado. ¿Qué sirve haber persuadido á la razon, si el corazon permanece rebelde, y protesta mudamente contra la aquiescencia del enten-

dimiento? ¿Qué importa que este ceda á una demostracion casi matemática, si el corazon en tanto es un lago de hielo, en vez de rebosar por todas partes la lava abrasada del volcán? De la razon á la voluntad hay una distancia inmensa, y desgraciado el orador que no la abraza toda, ejerciendo sobre ambas igual poder decisivo. No hablamos solo para formar opiniones, para ganar adeptos, sino para arrastrar voluntades, para hacer fanáticos que se sometan con ceguedad al yugo de la palabra, que como una flecha encendida, queme cuanto toque en su tránsito. No hay ninguna cuestion, con tal que sea importante, que no se preste á estos movimientos. Todas ellas ofrecen diversos aspectos, por cada uno de los cuales pueden invocarse grandes intereses y proclamarse elevados principios. El resorte de la pasion puede hacerse jugar fácilmente en cualquiera opinion que se defienda; y he aquí cómo colocados en oposicion dos oradores en ese palenque abierto al genio, vencerá aquel que posea el secreto mágico de conmover y arrebatat. Y digo el secreto mágico, porque á las veces todavía el entendimiento no se halla completamente satisfecho, cuando tiene que ceder, en medio de su incertidumbre, á la corriente del entusiasmo, al impulso de la fantasía ó á la fuerza de una emocion que sofoca todos los escrúpulos, y que se proclama y erige en tirana. Sí: tiranía hay á las veces en la palabra, porque el dominio del mundo es de la fuerza, ya sea física ó moral; pero la primera nos es odiosa, es una cadena que quisiéramos romper, en tanto que la segunda en la elocuencia nos conduce dulcemente por un camino sembrado de flores, por el cual nos abalanzamos apasionados y conmovidos, para someternos á su poder y dominacion.

Ya hemos indicado en otro lugar, una observacion que

no será ocioso repetir aquí. En estas locuciones de agitación y de fuego, debe evitarse todo lo que suponga calma y serenidad en el espíritu. La comparación, que pide una vista intelectual detenida y tranquila; la antítesis, que es la obra de un trabajo lento y reflexivo; y cualquiera otra figura que participe de esta índole, sentarían muy mal en las peroraciones en que todo debe ser vehemente y arrebatador. Entonces se comprendería que el orador no sentía como aparentaba sentir, y se sublevaría contra él el amor propio de los oyentes, que se considerarían reducidos al triste papel de servir de juguete ó de entretenimiento.

Y he aquí otra consideración del mayor interés. Tan cierto es que en la pasión debe huirse todo lo que indique tranquilidad de alma en el orador, que éste, en sus trasportes, debe ser hasta desordenado; porque este envidiable desorden es el orden de la naturaleza que siempre debemos imitar. Un hombre vivamente conmovido en un negocio dado, no discurre, ni se produce con exactitud, orden ni concierto. Sus ideas se agolpan á la imaginación, la ocupan confusa y atropelladamente, y la lengua las produce con el mismo trastorno, porque la reflexión que arregla y ordena, ha sido arrojada de su lugar por las pasiones en tumulto. Lo mismo debe hacer el orador: si procura ser metódico al mostrarse inspirado, si quiere atenerse á reglas en medio de los arrebatos que las rompen ó las desechan, si intenta presentarse reflexivo cuando solo debe aparecer conmovido vivamente, destruirá, sin duda, el efecto que deseaba producir. Si por el contrario, arroja lejos de sí ese severo compás y esa rigurosa medida, lo encontrareis tal vez incorrecto; notareis en el hilo de su discurso algunas irregularidades: nada importa; estos no serán mas

que lunares que servirán para realzar la belleza del conjunto; y á pesar de todo, aplaudireis con frenesí, porque vuestra pasión correrá como la espuma del torrente entre las aguas que la arrastran, envuelta y confundida en la pasión del orador. Vereis copiada á la naturaleza, cuyo orden simétrico altera el soplo de las tempestades, y al conocer la exactitud de la copia, no podreis menos de mostraros satisfechos y complacidos. Otra observación importante se roza con esta, y puede decirse que es su natural consecuencia. Esta es también la razón por qué los hombres de una imaginación fecunda y brillante, son por lo común incorrectos. En medio de la reputación colosal de Shakspeare, en medio de sus grandes imágenes y de sus vuelos osados y casi inconcebibles, la incorrección resalta á cada paso en sus escritos, y todavía no se ha decidido si exceden sus defectos á sus bellezas. La causa es muy natural, y fácil de comprender. El que crea, no corrige; y el pensamiento que vuela en el espacio, cruza los intervalos sin percibirlos, y no descende á las pequeñeces que le imponen otras tantas ligaduras. No se llega á tanta elevación sino en alas del entusiasmo; y el entusiasmo mira arriba, á las fuentes de la creación, y no vuelve su vista abajo, donde quedan las reglas y las convenciones formuladas de los hombres comunes.

Concluiremos con un consejo que no se debe olvidar, y que es una deducción inmediata de las reglas establecidas sobre la formación del discurso. Que no se aprenda ninguno de memoria para pronunciarlo después en la tribuna. Lo mas que puede permitirse al orador principiante, es llevar aprendido el exordio, para tomar tono, y para tener tiempo, mientras lo recita, de reponerse de la agitación que es tan natural en las prime-

ras veces que se habla en público. Debe hacer lo que se practica con la barca amarrada á la orilla del rio y con que se pretende navegar; que se la ayuda con los remos, hasta dejarla flotante y ponerla en un punto en que pueda caminar con solo el impulso de la corriente. Fuera de esto, no hay una situacion mas expuesta y embarazosa, que la del orador que lleva aprendido de memoria un discurso. Todo le impone, todo le turba, cualquier accidente le desconcierta; y si una vez tiene la desgracia de perder el hilo de sus recuerdos, mas se oscurecen estos, cuanto mas se afana y porfia por volverlos á encadenar. Toda su presencia de espíritu viene á tierra, y esta es una escena tan deplorable y mortificadora para él, como para los demás que sirven de espectadores. Aunque logre escapar de este naufragio; aunque por una casualidad feliz y poco frecuente, el discurso preparado y aprendido cuadre bien con el estado de la cuestion en el momento de pronunciarlo, no se obtendrá otra cosa que una recitacion lánguida y fria, desnuda del calor que ya se disipó en las preparaciones, y despojada de todo el interés que continuamente arrojan los incidentes del debate. Algunos toman esta funesta precaucion por miedo, y no hay nada tan expuesto y arriesgado. Del orador que fia á su memoria el discurso que quiere pronunciar, con todas las apariencias de una produccion súbita y espontánea, ha dicho Timon en su libro de los oradores: "Que no siente el dios interior, el dios de la Pitonisa, que agita y oprime; que es el hombre de la víspera y no el hombre del momento; el hombre del arte, y no el de la naturaleza; que en una palabra, es un cómico que no quiere parecerlo, siendo él mismo su propio apuntador, y que procura engañarlos á todos, y hasta engañarse á sí mismo."

LECCION X.

Aplicacion de las teorías expuestas á varias clases de elocuencia.

EL objeto de esta obra es hacer conocer las reglas generales de la elocuencia, y su aplicacion al foro, á la tribuna y á la improvisacion. Mas aparte de estas clases, que forman tipos marcados, hay otras que se deben estudiar, porque tienen su índole propia, si bien corresponden al mismo sistema de principios, y están sujetas á la ley de las analogías. Ellas vienen á formar el completo del orador profano, á quien servirán muchas veces de auxilio, y por lo tanto merecen un exámen mas ó menos detenido.

ELOCUENCIA POPULAR Y DE LA PRENSA.

La elocuencia popular, esa elocuencia que tiene por tribuna el espacio y por auditorio el pueblo, es la que permite vuelos mas atrevidos, imágenes mas valientes,